



78

Darío Mollá

**EL «MÁS» IGNACIANO:  
TÓPICOS, SOSPECHAS,  
DEFORMACIONES Y VERDAD**



# EL «MÁS» IGNACIANO: TÓPICOS, SOSPECHAS, DEFORMACIONES Y VERDAD

Darío Mollá

1. EL «MÁS»: TÓPICOS Y POSIBILIDADES .....	3
2. EL «MÁS» Y EL «TODO» EN DOS TEXTOS CLAVE DE LOS EJERCICIOS: ¿RADICALIDAD O VOLUNTARISMO? .....	5
3. SENTIDO ACTUAL DEL «MÁS» DE LA ESPIRITUALIDAD IGNACIANA .....	11
4. RETOMANDO LAS DIFICULTADES Y SOSPECHAS .....	18
5. UN EJEMPLO CONCRETO DE LECTURA DEL «MÁS»: «CARACTERÍSTICAS DE LA EDUCACIÓN DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS» (1986) .....	23

**Darío Mollá, sj.** especialista en espiritualidad ignaciana. Miembro del equipo de Cristianisme i Justícia, ha publicado en esta colección: *Cristianos a la intemperie. Encontrar a Dios en la vida*, n. 47 (2006); *Acompañar la tentación*, n. 50 (2007); *Horizontes de vida (Vivir a la ignaciana)*, n. 54 (2009) y *La espiritualidad ignaciana como ayuda ante la dificultad*, n. 67 (2012).

Edita Cristianisme i Justícia - Roger de Llúria, 13 - 08010 Barcelona  
Tel. 93 317 23 38 - E-mail: [info@fespinal.com](mailto:info@fespinal.com) - [www.cristianismeijusticia.net](http://www.cristianismeijusticia.net)  
Imprime: Ediciones Rondas S.L. - Depósito Legal: B 28332-2015  
ISBN: 978-84-9730-368-2 - ISSN: 2014-654X - ISSN (virtual): 2014-6558  
Revisión y corrección del texto: Pilar de la Herran  
Maquetación: Pilar Rubio Tugas - Noviembre 2015

**Protección de datos:** La Fundación Lluís Espinal le comunica que sus datos están registrados en un fichero de nombre BDGACIJ, titularidad de la Fundación Lluís Espinal. Sólo se usan para la gestión del servicio que le ofrecemos, y para mantenerlo informado de nuestras actividades. Puede ejercitar sus derechos de acceso, rectificación, cancelación y oposición dirigiéndose por escrito a c/ Roger de Llúria 13, Barcelona.

# 1. EL «MÁS»: TÓPICOS Y POSIBILIDADES

---

Cuando mi madre comunicó a sus amigas y vecinas que yo iba a entrar en la Compañía de Jesús, abundaron dos comentarios: «Esos son los que *más* saben, los *más* listos...» y «Esos son los que *más* dinero tienen...».

Los «más» en el orden de los conocimientos, los «más» en el orden del poder económico... También se pensaba y se piensa por muchos, entonces y ahora, que los jesuitas somos los «más» influyentes... y también los «más» maquiavélicos... En lo bueno y en lo malo, los «más»... Incluso cuando en épocas relativamente recientes perdimos influencia el comentario era «es que ya no son lo que eran»... Parece que está unido inevitablemente al ser jesuitas el ser los «más» y que cuando se pierde el «más» se pierde identidad de jesuitas.

Esta percepción popular, estos tópicos, tienen evidentemente su fundamento. El lema o programa de la Compañía es «la mayor gloria de Dios»: no sólo la gloria de Dios, sino la *mayor*. En los Ejercicios de San Ignacio, fundamento de la espiritualidad ignaciana,

el «más» y el «todo» se repiten innumerables veces.

Ya en su inicio, el «Principio y Fundamento», Ignacio concluye diciendo «solamente deseando y eligiendo lo que más conduce para el fin que somos creados» [EE 23]: si quitamos a esa frase los adverbios *solamente* y *más* y quedara en «deseando y eligiendo lo que conduce para el fin que somos creados», la frase sigue teniendo pleno sentido, no pasaría absolutamente nada: pero Ignacio afirma que «solamente» hay que desear y elegir lo que «más».

Si de los Ejercicios pasamos a las Constituciones de la Compañía de Jesús, que son la concreción jurídica y societaria de los Ejercicios, volvemos a encontrarnos lo mismo. Por poner sólo un ejemplo, pongamos el del nº 622 de las Constituciones en el que se

indican los criterios para seleccionar o priorizar unos u otros trabajos: esos criterios hablan de «la parte de la viña que tiene más necesidad [...]», «[...] dónde es verosímil que más se fructificará [...]», «donde hay mayor deuda» «[...] el bien ser más universal [...]» «[...] donde suelen concurrir más personas que ayudarán a otros [...]».

De esta lógica del «más» han derivado actuaciones personales y colectivas admirables, heroicas, entregas hasta la muerte en los lugares de más necesidad y de más dificultad, en las fronteras del mundo y de la Iglesia; pero también han derivado actitudes personales de soberbia, de orgullo y prepotencia que han caracterizado muchas veces a los jesuitas, y también actuaciones e instituciones muy atentas al poder y al prestigio mundano, con olvido de las necesidades de los más pequeños y los más pobres. Dicho en breve, el «más» ha generado actitudes de una honda radicalidad evangélica, pero también actitudes y comportamientos muy mundanos que tenían

mucho más de afirmación personal o institucional que de auténtico servicio.

Ello nos induce a pensar que, con frecuencia, la línea que separa un «más» vivido como radicalidad evangélica de un «más» entendido como una búsqueda tendente al autocentramiento y la autoafirmación personal e institucional es una línea muy delgada. Debe haber, pues, algo que de estar presente hace derivar el «más» ignaciano hacia un cauce de evangélica radicalidad, y cuya ausencia lo hace, sin embargo, derivar hacia otros caminos no admisibles evangélicamente: el de la soberbia, el de la riqueza o el poder, el del olvido de los pequeños y de los pobres. ¿Cuándo, cómo y por qué el «más» ignaciano deja de ser el de la radicalidad evangélica e ignaciana y se pervierte en el «más» de un proyecto mundano voluntarista, autocentrado y orgulloso? Quiero en este cuaderno apuntar unas respuestas a estas preguntas, acercarme y acercar al lector a la auténtica verdad del «más» ignaciano, más allá de tópicos y deformaciones.

## 2. EL «MÁS» Y EL «TODO» EN DOS TEXTOS CLAVE DE LOS EJERCICIOS: ¿RADICALIDAD O VOLUNTARISMO?

---

Como comienzo de nuestra reflexión propongo ir a la raíz de la espiritualidad ignaciana, ser radicales en nuestra búsqueda. Vamos a partir de dos textos claves del libro de los Ejercicios: vamos a analizarlos, ver su contexto, compararlos y, como fruto de esa comparación, vamos a apuntar unas primeras conclusiones sobre lo que es la propuesta ignaciana que encierra el «más».

Quizá esta primera parte de nuestro trabajo resulte más teórica y abstracta, e incluso prescindible, para personas no tan acostumbradas al lenguaje original ignaciano, pero he querido incluirla porque me parece que aporta elementos muy sugerentes para la cuestión que hemos planteado. Y también para que se perciba el contexto en el que San Ignacio hace algunas de sus afirmaciones que han podido ser peor interpretadas. Aunque, de entrada, pueda parecer un ejercicio de disquisición «jesuítica» o de «cortar pelos en el aire», espero que no sea ésa la impresión que quede tras la lectura de estas primeras páginas.

Los dos textos que propongo analizar y comparar son dos textos clave

de los Ejercicios que, tienen en común, además de otras cosas que luego veremos, el ser respuestas del ejercitante a la llamada de Dios y a su amor.

El primero de esos textos es el nº 98 de los Ejercicios. Dice así:

Eterno Señor de todas las cosas «yo hago mi oblación» con *vuestro favor y ayuda*, delante vuestra infinita bondad, y delante vuestra Madre gloriosa y de todos los santos y santas de la corte celestial, que «yo quiero y deseo y es mi determinación deliberada», sólo que sea *vuestro mayor servicio y alabanza*, de «imitaros en pasar todas injurias y todo vituperio y toda pobreza», así actual como espiritual, *queriéndome vuestra santísima majestad elegir y recibir en tal vida y estado*.

El segundo de esos textos está en el nº 234:

«Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad, todo mi haber y poseer»; *Vos me lo distéis*; «a Vos, Señor, lo torno; todo es vuestro, disponed a toda vuestra voluntad»; *dadme vuestro amor y gracia, que ésta me basta*.

En ambos textos he entrecomillado aquello que ofrece o aquello a lo que se compromete la persona y en cursiva el «contrapeso» de esa afirmación. Observemos que, en ambos textos, cada afirmación «oblativa» tiene su contrapeso, hay algo que se da y también algo que se espera:

En el nº 98:

—«Yo» hago mi oblación... con «vuestro» favor y ayuda.

—«Yo» quiero y deseo y es mi determinación deliberada... «vuestro» mayor servicio y alabanza.

—(«Yo») Imitaros en pasar todas injurias... queriéndome «vuestra» santísima majestad elegir y recibir.

En el nº 234:

—«Tomad», Señor, toda... Vos me lo «distéis».

—Todo es vuestro, «disponed»... «Dadme» vuestro amor y gracia.

Veamos ahora el contexto de ambos textos. El primero de ellos está casi al comienzo de los Ejercicios, cuando el ejercitante se dispone a responder a la llamada del Señor y a contemplar, durante un largo proceso de contemplación y de discernimiento, al Señor que llama y, por tanto, a «investigar y demandar en qué vida o

estado de nosotros se quiere servir su divina majestad» [EE 135]. Es, pues, un texto de iniciación, de comienzo en el proceso espiritual. El segundo texto está en la Contemplación para alcanzar amor, la última contemplación de los Ejercicios: es, pues, un texto final, un texto de maduración en la experiencia espiritual.

Entre los dos textos, dos actos y oraciones de radical ofrecimiento, ha habido, pues, una larga historia y un proceso en los Ejercicios: la historia de tres semanas de contemplación de Jesús, y también de una elección sometida a confirmación. El primer texto es el inicio de una entrega, apasionado como todo inicio; el segundo es la maduración de la entrega, más radical en su fondo y más maduro en su expresión.

Veamos ahora algunos elementos comunes a ambos textos y también algunos elementos diferenciales. Señalaremos tres elementos comunes y dos diferencias significativas.

## 2.1. Elementos comunes

Ambos textos parten de una experiencia afectiva de agradecimiento a Dios por todo aquello que Él nos da.

El primer texto es, sobre todo, una expresión de agradecimiento por la misericordia experimentada en la Primera Semana de ejercicios y por el hecho de la llamada, que es un signo eminente y personal de amor y misericordia. El «Eterno Señor de todas las cosas» es la respuesta de «aquellos que más se quejaron afectar» [EE 97] al perdón y a la muestra de cariño de Jesús que supone

la elección. Es decir, es una respuesta desde el corazón, afectiva, apasionada, que marca distancias, que va más allá de una respuesta que sólo atiende «al juicio y a la razón» [EE 96] porque también el ejercitante ha percibido en Jesús un amor y una misericordia que van más allá de lo razonable y esperable.

El «Tomad, Señor, y recibid» es también una respuesta de «quien ofrece afectándose mucho» [EE 234] por el «conocimiento interno de tanto bien recibido» [EE 233]. Notemos la presencia coincidente en la introducción a ambos textos del verbo «afectarse» con el que Ignacio describe la actitud interna de quienes formulan ambos ofrecimientos. Verbo que hace referencia a un movimiento y una respuesta desde lo más hondo de una persona que se ha visto afectada, tocada, conmovida por el cariño de Dios. Si ignoramos esto, malentendemos los textos ignacianos.

Ambos textos no son un ejercicio de autoafirmación de un sujeto soberbio, sino textos de respuesta agradecida de un sujeto conmovido.

En segundo lugar, ambos textos nos presentan un sujeto fuerte, potente, porque se siente muy agraciado y muy acompañado por Dios. En el primero de ellos es un sujeto con gran deseo, con voluntad firme y decidida, valiente y generoso en sus propósitos. Para nada nos encontramos con un sujeto frágil o indeciso o temeroso. Un sujeto muy consciente de que la gracia de Dios le acompaña, y de que esa gracia y esa misericordia son más fuertes que sus límites y su debilidad. Humilde sí, pero apocado, en absoluto. Porque sabe que no está solo en la vida.

El segundo texto nos presenta a un sujeto muy consciente de sus capacidades y posibilidades, de todo aquello que ha recibido a lo largo de la vida y sigue recibiendo cada día de Dios, desde el aire que respira hasta la capacidad de amar, de que es un privilegiado por el amor y de ahí la generosidad en la entrega. La generosidad que presenta Ignacio no es nunca exhibición sino gratitud.

La experiencia de Ejercicios, y toda experiencia de Dios, fortalecen al sujeto. Ignacio es optimista respecto a las posibilidades de la persona humana y exigente en cuanto a la necesidad de trabajar esas posibilidades para cooperar decididamente a la acción de Dios. Cuando más uno se entrega a Dios y a los demás, más fuerte es. Cuando uno más profundiza en la experiencia de Dios, más se ama a sí mismo porque el amor de Dios integra todos nuestros límites, incluso aquellos que a nosotros mismos nos resulta más difícil aceptar.

Finalmente, ambos textos coinciden en presentarnos a un sujeto en diálogo con Dios. No ya sólo por el hecho mismo de la forma oracional de ambos textos, sino porque en el contenido de ambos, la acción del hombre y la acción de Dios interactúan, el ofrecimiento humano y el don de Dios se acompañan mutuamente.

En el primer texto, el ejercitante acaba de hacer la «primera semana» de Ejercicios en la que ha tomado conciencia de sus pecados, de los desórdenes que hay en su vida y del peso que los criterios mundanos tienen en él. Sabe por tanto de lo limitado de sus fuerzas y de lo frágiles que pueden ser sus propósitos, si sólo se sostienen en

su fuerza: por eso pide el «favor y la ayuda» de Dios. También es consciente de su indignidad, y de que sólo la elección de Dios le puede abrir al horizonte del seguimiento. Ambas consideraciones alejan esta primera oración de lo que podría ser un voluntarismo puro y duro, alejado de las posibilidades reales de la persona.

En el segundo texto, acabando ya el proceso de los Ejercicios, el ejercitante es consciente de que la honestidad y la generosidad de su entrega, sólo son posibles en paralelo a su experiencia del «amor y gracia» de Dios. Quizá hay un pequeño matiz diferencial entre ambas peticiones: la mayor fuerza de la expresión «amor y gracia» con respecto a la expresión «favor y ayuda». Matiz que refleja, en mi opinión, el mayor ahondamiento que ha hecho el ejercitante en el cariño que Dios le tiene.

## 2.2. Diferencias

La primera estaría en el verbo que centra ambos textos. En el primer texto el verbo central es el verbo «hacer»: «yo hago». Previamente a ese hacer está el desear, querer y determinar; y el contenido de ese hacer es el imitar al Señor, precisamente en los aspectos más penosos de su vida. El sujeto, desde el agradecimiento y en respuesta a la llamada de Jesús, desea hacer algo, hacer cosas grandes. Casi inevitablemente vienen a la mente las palabras de la Autobiografía de San Ignacio en las que expresa sus deseos inmediatamente después de la conversión en Loyola: «tenía tanto aborrecimiento a los pecados pasados y el deseo tan vivo de

hacer cosas grandes por amor de Dios [...]» [Aut. 14].

En el segundo texto, el verbo central es «tomar»: «tomad, Señor», «yo torno», yo devuelvo todo aquello que he reconocido como don en mi vida y en mi persona, que es todo. Todo es don y, por eso, todo se entrega. Del hacer al entregar, del hacer cosas al entregarse a sí mismo y a todas sus cosas: «ofrecer y dar a la su divina majestad [...] todas mis cosas y a mi mismo con ellas» [EE 234], desapropiación de lo que uno hace y de lo que uno es.

Del «yo hago» al «yo entrego»: ése es el proceso.

La segunda diferencia importante está en los sustantivos que acompañan al adjetivo «todo» (con sus variantes de género y número) en ambos textos. En el caso de la oblación del nº 98 de los Ejercicios, los sustantivos se refieren a cosas exteriores que pueden acaecer al sujeto cuando se empeña con seriedad en el seguimiento de Jesús: los vituperios, las injurias, la pobreza (con todo su «séquito» que diría Ignacio). En el caso del «Tomad, Señor, y recibid» los sustantivos se refieren a la misma persona, sus cualidades, sus posibilidades personales, su misma existencia.

En la lógica de la entrega, lógica del segundo texto, lo importante no es la cantidad de lo que se entrega, sino la honestidad y la limpieza en el entregar. Mi libertad, es la que tengo, con todas sus limitaciones; mi voluntad es la que tengo, con todas sus debilidades; mi haber es el que hay, con todas sus carencias. Se me pide entregar lo que soy, y tal como soy: ni más ni menos. El que soy: no el que me gustaría ser, o el que pudiera haber sido si no hubiera

pasado esto o aquello, o el que alguna vez he soñado ser. Y es el «disponer» de Dios el que va a sacar el máximo fruto de las limitadas posibilidades que yo le entrego. Se abre paso a la humildad y a la confianza, a la magnanimidad en el entregar y a la humildad en la valoración de lo que entrego.

Del «más cosas» al «más hondamente»: ése es el proceso.

### 2.3. Primeras conclusiones

Voy a acabar ya estas reflexiones sobre estos dos textos de los Ejercicios de San Ignacio que quizá hayan podido parecer (¡espero que no!) un juego de palabras ocioso, rabínico o para eruditos. Antes de acabar, quiero justificar por qué me he entretenido en la comparación de estos textos, para ya de inmediato pasar hablar del enfoque adecuado del «más» ignaciano.

He querido hacer ver que San Ignacio concibe la maduración espiritual de la persona como un proceso, que tiene un punto de partida y un horizonte hacia el que se camina, y que Ignacio concibe los procesos, también el de Ejercicios, no en lineal, sino en espiral. En cada momento se recogen los elementos válidos del momento anterior, y hay un avance que lo supera pero sin partir de cero. Lo que podemos llamar, de una manera simplista, «voluntarismo» o «radicalidad» (entendiéndolos adecuadamente ambos) pueden ser no tanto términos excluyentes o alternativos, sino fases en la evolución de un proceso de maduración personal y espiritual, un inicio y un horizonte de llegada. Al comienzo hay más voluntarismo, y a medida que se camina hay

menos voluntarismo y más radicalidad y profundidad. También en la concepción y en la vivencia del «más» hay un proceso en la persona, como lo hubo en el mismo Ignacio; del «más» entendido al modo caballeresco, con fuertes acentos voluntaristas, al «más» maduro y radical de su entrega final.

En dicho proceso de maduración personal y espiritual, el deseo es fundamental. ¿Y qué es lo que sucede con el deseo a lo largo del proceso? Que ha de ser permanentemente alimentado y discernido. Alimentado mediante la experiencia cada vez más interior y más cierta del cariño que Dios nos tiene y del agradecimiento por ese cariño. Y al mismo tiempo que alimentado, el deseo ha de ser constantemente vigilado, discernido y purificado para que, como Ignacio dice de una manera sencilla y genial, «vaya derecho a Dios» [EE 169] y en mi vida cotidiana vaya «andando siempre a buscar lo que quiero» [EE 76]. Porque sin ese discernimiento del deseo, sin esa «discreta caritas», existe el peligro de que deseo y vida cotidiana vayan divergiendo o de que el deseo se pervierta o se desenfoque en búsqueda de uno mismo.

La relación personal con el Señor también va cambiando y madurando a lo largo del proceso de crecimiento espiritual de la persona: si en los primeros momentos el horizonte de dicha relación es más el horizonte de la imitación, el «imitaros», a medida que se va avanzando el horizonte va siendo más el de la identificación, el de la comunión honda con las actitudes y sentimientos de Jesús, como expresa de modo contundente la última de las peticiones que propone san Igna-

cio en las contemplaciones de la vida de Jesús: «[...] pedir gracia para me alegrar y gozar intensamente de tanta gloria y gozo de Cristo nuestro Señor» [EE 221]. Es, si caemos en la cuenta, el mismo proceso interior que reflejan los acontecimientos externos de la vida de San Ignacio que, de entrada, creía absolutamente necesario vivir y morir en Jerusalén para compartir la cruz de Cristo, hasta que en la madurez espiritual entendió que también en Roma se

podía participar de ella, que lo importante no era el lugar exterior donde uno está o vive, sino la identificación interior, que es posible en cualquier lugar y circunstancia.

A partir de esta somera presentación del proceso espiritual del seguidor de Jesús, tal como es presentado y propuesto en los Ejercicios, ya estamos en condiciones de presentar unas características concretas del modo adecuado de entender y vivir el «más» ignaciano.

### 3. SENTIDO ACTUAL DEL «MÁS» DE LA ESPIRITUALIDAD IGNACIANA

---

Seguramente es bueno comenzar la explicación del sentido actual del «más» de la espiritualidad ignaciana, recogiendo algunas de las dificultades y sospechas que este concepto, o algunas interpretaciones del mismo, presentan a los cristianos de hoy. A partir de ahí, intentaré concretar unas condiciones o características que deben acompañar siempre al «más» para que sea efectivamente el de la propuesta ignaciana, y no otra cosa.

#### 3.1. Dificultades y sospechas

En este momento de nuestra reflexión no pretendo ya un análisis textual o histórico del «más» (tal como hemos hecho en el capítulo precedente), sino dar pistas para su adecuada comprensión por quienes buscan seguir a Jesús hoy al modo que propone la espiritualidad ignaciana, y por quienes son acompañantes de ese camino.

El «más» sigue siendo para muchos un concepto bajo sospecha o que suscita dificultades. Sobre él recaen dos tipos de sospecha. Por una parte, un tipo de sospechas que me parecen razonables y que demandan reflexión sobre sus causas y, en lo posible, respuesta;

por otra, nos encontramos también con otro tipo de sospechas, muy propias de nuestro momento social y cultural, pero que dan mucho menos de sí para nuestra reflexión por muy actuales que sean. Hablemos primero de éste segundo tipo y así despejamos el terreno.

Hay una sospecha sobre el «más» que puede venir de un tipo de cultura a la que la expresión le parece «muy fuerte». Es una sospecha, a la defensiva, de una mentalidad débil, liviana, a la que el «más» o el «todo» incomodan y asustan por ser expresiones demasiado exigentes, tanto en el ámbito del seguimiento de Jesús, como en otros muchos ámbitos de la vida. Resulta entonces muy socorrido el recurso de

calificar el «más» de voluntarismo, y, con la mala prensa que tiene el voluntarismo entre nosotros, asunto concluido.

Frente a esa manera de pensar, es necesario afirmar con sinceridad y sin ambages, que sí, que la espiritualidad ignaciana es una espiritualidad fuerte. He dicho una espiritualidad fuerte, no una espiritualidad para los fuertes, que no es lo mismo. Una espiritualidad que se toma en serio el seguimiento de Jesús, las posibilidades de la persona humana de crecer y avanzar en ese camino de seguimiento y que no se conforma con la aceptación de la mediocridad. Una espiritualidad que pide que la persona ponga su todo su empeño y todas sus posibilidades (las que sean) en juego en lo cotidiano de su vida. Y una espiritualidad que cree en el proceso y en el progreso de las personas, y que, por tanto, no se resigna al conformismo y al estancamiento.

Hay, sin embargo, otras dificultades y sospechas que suscita el «más», que sí que merecen más atención, que se plantean por y en personas que buscan sinceramente seguir al Señor, y por y en quienes les acompañan, y nos piden reflexionar y aportar una respuesta, en la medida de lo posible. Menciono algunas de ellas:

—¿No puede ser entendido el «más» como una presión o exigencia continua y excesiva sobre las personas, una exigencia que nunca se cumple suficientemente (porque siempre es posible hacer más y exigir más y perfeccionar más) que genera tensión e insatisfacción y hace del seguimiento de Jesús algo inhumano por inalcanzable? De ser así, el «más» es más obstáculo que

ayuda para el crecimiento espiritual de la persona.

—¿No puede degenerar el «más» en una concepción de la experiencia cristiana como algo que sólo depende del esfuerzo de la propia persona y olvidar que «nos recibimos» de Dios, que Él nos amó primero? ¿No puede llevar a olvidar lo que la experiencia cristiana tiene de gratuidad? De ser así, hay campo abierto al voluntarismo y a actitudes nada evangélicas como la prepotencia, la soberbia, el juicio de los demás.

—¿No puede ser confundido el «más» con el simple éxito mundano en las empresas que se emprenden, con la mera eficacia en las acciones que se llevan a cabo, derivando de ello una selección de personas, de medios, de lugares con criterios de asegurar el éxito o la rentabilidad pasando por encima de criterios evangélicos?

—¿No puede orientar el «más» la atención a aquellos/as que humanamente ofrecen más posibilidades de rendimiento, de lucimiento personal o de éxito institucional e influencia social a costa de una menor atención a personas con muchas menos posibilidades, pero más necesitadas o desatendidas?

—¿No es contradictorio el «más» con aspectos muy significativos de la vida y de la enseñanza de Jesús de Nazaret? Por citar algunos: sus largos años de oscuridad y silencio en Nazaret, sus criterios para la elección de sus apóstoles, sus formas de valorar a las personas...

Creo que estas dificultades son honestas y hay que tomarlas en serio. Y que, efectivamente, determinadas interpretaciones y puestas en práctica del «más» ignaciano han generado los efectos perversos que estas dificultades denuncian: agobio, a veces inhumano, sobre las personas; protagonismos desmedidos y dureza de corazón y juicio respecto a aquellos que se juzgan más débiles o inferiores; carreras por el éxito personal y apuestas institucionales que han olvidado a los más necesitados; acumulación de medios; alejamiento de criterios evangélicos e ignacianos... Es aquello de, y perdonad la caricatura dicha sin ninguna acritud, de afirmarnos como «mínima Compañía» henchidos de medios humanos y de soberbia.

Todas estas realidades nos obligan a precisar bien cuál es el contexto y las condiciones que identifican el «más», como el «más» evangélico e ignaciano; no como la voluntad o el esfuerzo para la autoafirmación personal o institucional, sino como el deseo y la gracia de vivir el evangelio en su radicalidad.

Si os parece, vamos, de momento, a dejar sobre la mesa estas dificultades para responderlas más adelante, después de afirmar las notas más auténticas del «más» ignaciano.

### **3.2. El «más» ignaciano nace y se alimenta del agradecimiento**

El «más» ignaciano se engendra y nace en la experiencia de ser amado y se alimenta del agradecimiento por ese amor y sus dones; nace y vive en la experiencia cotidiana de lo mucho que la persona ha recibido y cada día

recibe de Dios. El «más» ignaciano es expresión de la generosidad de quien se siente agraciado y favorecido, generosidad que va en crecimiento en la medida en que también crece y se hace más profunda la conciencia de cómo y cuánto es amado por Dios. Esa es la gran y progresiva conversión del inicial «más» caballeresco de Ignacio, el de destacar y sobresalir por encima de otros caballeros: del «más» de Amadís de Gaula o de Tirant lo Blanc, al «más» de su madurez espiritual.

En nuestro paso por el libro de los Ejercicios comprobamos que esa vinculación entre el «más» y la experiencia de ser querido es constante. El más del Principio y Fundamento está vinculado a la experiencia de sentirse criatura de un Dios que nos ha dado y nos sigue dando el don más preciado y más fundamental: la vida. En la primera semana la pregunta: «¿qué más puedo hacer en mi vida?» va vinculada a experiencia de un Cristo que ha venido «a morir por mis pecados» [EE 53]. Ya hemos analizado de dónde brotan el «más» de la respuesta a la llamada y el «todo» de la entrega final. En definitiva, el «más» ignaciano nace en referencia a Otra persona, no en la mirada a uno mismo. Si el «más» nace de uno mismo, y de un proyecto meramente personal, no es el ignaciano. El «más» ignaciano, es, por decirlo de algún modo, un «más» dado, un «más» que forma parte del regalo de Dios.

Es la gracia de Dios la que pone en el corazón de la persona el deseo de «más», un gran deseo, los «deseos así encendidos en el Señor nuestro» [Const. 102] de los que habla San Ignacio en las Constituciones de la Com-

pañía de Jesús refiriéndose a la persona que desea entrar en ella. Si eso es así, no es el acompañante quien tiene que «empujar» al acompañado para que vaya adelante, su misión no es introducir artificialmente un deseo, sino más bien orientarlo, discernirlo y atemperarlo en sus deseos... como tuvo que hacer aquel buen confesor de Manresa con los deseos generosos pero desenfocados del Ignacio de los primeros tiempos después de la conversión [Aut. 25]. Lo que el acompañante sí tiene que hacer es ayudar a la persona acompañada a reconocer los beneficios de Dios y educarle en el agradecimiento.

Éste es el sentido de la Anotación 14<sup>a</sup> que da San Ignacio al comenzar los Ejercicios a la persona que los acompaña: «El que los da, si ve al que los recibe que anda consolado y con mucho hervor, debe prevenir que no haga promesa ni voto alguno inconsiderado y precipitado, y cuanto más le conociere de ligera condición tanto más le debe prevenir y admonir» [EE 14]. Por grandes que sean los deseos, la concreción de ellos siempre debe ser discernida. Generosidad y discernimiento son compañeros de viaje inseparables en el planteamiento de la espiritualidad ignaciana. El discernimiento no pretende «rebajar» la generosidad, sino concretarla de un modo adecuado a la persona del sujeto y a las circunstancias que vive. El «más» planteado y resuelto al margen de las características de la persona o de las circunstancias que vive, puede llevar a decisiones engañosas y dañinas.

La constancia y el progreso en el «más» vienen dados por la creciente conciencia del cariño de Dios por no-

sotros que es infinito, inacabable, inabarcable... El «más» no crece en cantidad, sino en profundidad, no crece en acciones exteriores, sino en compromiso interior. Y su punto culminante es, como hemos visto anteriormente, cuando en el momento de la madurez espiritual caemos en la cuenta de que «todo nuestro haber y poseer», todo lo que somos y tenemos, es don de Dios y por eso es «todo» lo que ponemos a su disposición y nos comprometemos definitivamente con Él.

### **3.3. El «más» ignaciano tiene horizonte y referencia: Jesucristo**

«[...] Por desear parecer e imitar en alguna manera a nuestro Creador y Señor Jesucristo [...]» [Const. 101]. Esta frase de las Constituciones de la Compañía de Jesús explicita bien a las claras el horizonte del «más» ignaciano: la identificación, lo más plena posible, con Jesús. Esa identificación, caminar hacia ella, es el horizonte del «más» ignaciano: no cabe otro horizonte ni otra dirección. Es la identificación que desea quien ama. Jesucristo es el criterio y la referencia que da sentido.

Comprobamos, por otra parte, que Ignacio es consciente de que lo importante es hacer camino en esa dirección, más que llegar: «en alguna manera». Es ésta una expresión muy importante, que no nos puede pasar desapercibida. El «más» ignaciano es humilde y no orgulloso, pretencioso o soberbio, en lo que aparece como una de las tensiones más hermosas y más profundas de la espiritualidad ignaciana: la tensión entre magnanimidad y humildad, la tensión que vive quien siente un de-

seo muy grande y muy hondo, pero al mismo tiempo tiene conciencia de sus limitaciones y de la ayuda, favor y gracia que necesita para llevar adelante ese deseo.

Cuando el deseo de «más» se atreve a pedir injurias, vituperios, humillaciones y cruz, «haciendo contra su propia sensualidad y contra su amor carnal y mundano» [EE 97], no es por un antinatural e inhumano deseo de sufrir, ni por exhibirse ante los demás como un fakir tragándose espadas o acostándose en camas de clavos, ni por probarse a sí mismo hasta comprobar sus límites, ni como un kamikaze que se suicida: es otra cosa. Esa petición se hace desde el deseo de máxima plenitud en la identificación amorosa, desde el saber que sin aceptación de la cruz no es posible la plena identificación con Jesús el Crucificado, y desde saber y aceptar que amar al Señor, y a los amigos del Señor que son los pobres y crucificados, conlleva, como leemos en la famosa carta de la pobreza a los jesuitas de Padua, costos y consecuencias, séquito: «como el comer, vestir, dormir mal y el ser despreciado»<sup>1</sup>. Todo esto es el reflejo ignaciano del evangélico «el que quiera venir en pos de Mí...» (Mt 16,24-26), reflejo de la misma radicalidad que Jesús pide en el evangelio a quienes quieran seguirle.

Cuando miremos el adverbio «más» conviene mirar también los verbos a los que San Ignacio adjudica ese adverbio: *amar*; *servir*; *buscar* la

gloria de Dios... No caben otras direcciones que las que estos verbos señalan. La dirección es clara. Que nuestras actitudes y sentimientos, nuestra vida y nuestra acción vayan identificándose más y más con las del Señor Jesús. Lo que va en otra dirección, y, mucho más, si va en dirección contraria, no es el «más» ignaciano.

Paradójicamente, y desde este punto de vista, teniendo en cuenta este horizonte, el «más» ignaciano puede tender al «menos» en términos de valoración humana y/o social. Porque el «más» imitar a Jesús nos lleva a imitar su movimiento kenótico de abajamiento y escondimiento. No es un «más» de adquisición, sino de renuncia. Una vez más, se impone la necesidad del discernimiento. Más adelante hablamos de ello.

Notemos, por último, que así como el «más» ignaciano nacía fuera del sujeto, era un don que Dios daba, también mira hacia fuera del sujeto, hacia la persona de Jesús. Ni comienza en uno mismo ni acaba en uno mismo. El autocentramiento, el sentirse uno como el principio y el fin de lo que es y de lo que hace, no tiene nada que ver con el «más» ignaciano. Por eso, al igual que decíamos que el acompañante ha de ayudar a crecer al acompañado en capacidad de agradecimiento, podemos ahora decir que ha de ayudarlo a crecer en capacidad de contemplación. La primera de esas capacidades alimenta el deseo; la segunda lo orienta y purifica.

---

1. Carta a los Padres y Hermanos de Padua, escrita por Polanco por comisión de San Ignacio, el 7 de agosto de 1547. En *Obras de San Ignacio de Loyola*, BAC, 1991 (5ª), p. 821.

### 3.4. El «más» ignaciano pide una mediación imprescindible: el discernimiento

El deseo de «más» no es absoluto; ha de ser discernido. Al igual que la «caritas» para Ignacio ha de ser *discreta caritas*, una caridad discernida, el «más» ha de ser también un «más» discernido. Quiero señalar, brevemente, algunos ámbitos de ese discernimiento del «más», que también es condición necesaria para hablar de un «más» ignaciano. Acompañar ese discernimiento del «más» es una tarea importante del acompañante:

—Hay que discernir si aquello que se desea y se busca va, efectivamente, en la línea de la voluntad de Dios para la persona, en ese momento concreto y en las circunstancias concretas de su vida. Lo indicaba claramente la primera de las oraciones que hemos analizado esta tarde: «[...] yo quiero y deseo y es mi determinación deliberada, sólo que sea vuestro mayor servicio y alabanza [...]» [EE 98]. No se trata sólo de discernir en general, si algo es más o menos bueno, sino si eso que es bueno es lo que Dios le está pidiendo a esa persona concreta en un momento determinado.

—Hay que examinar cuáles son las posibilidades reales de la persona en un momento determinado, teniendo en cuenta todas sus circunstancias personales. El «más» ignaciano es siempre el «más» posible; generoso, pero posible. Es otra tensión importante a respetar dentro de la espiritualidad ignaciana: la tensión entre el «más» y lo «posible».

Una generosidad imposible para la persona, o que la rompa, no es la generosidad del «más»; un vivir y hacer conformista, sin generosidad, que no busque crecer y mejorar en su entrega y en su identificación con el Señor, tampoco es el «más» ignaciano.

No olvidemos que el mismo Ignacio que habla del «más» es el que también dice al comienzo de los ejercicios que «no se den al que es rudo, o de poca complisión, cosas que no pueda descansadamente llevar y aprovecharse con ellas» [EE 18]. Ese «rudo y de poca complisión» no hay que interpretarlo sólo en el sentido físico o psicológico, sino también en el de la madurez espiritual de la persona. Y se trata de que aquello que la persona en su deseo de «más» asuma como tarea u objetivo no le haga daño, sino que le aproveche.

—Hay que discernir el «más» no en la lógica de la propia perfección personal, sino en la lógica del «ayudar» a los prójimos que es el horizonte último del seguidor de Jesús. No se trata sólo de aquello que «para mí» veo como lo mejor o que a mí me deja más contento, o que me devuelve mejor imagen... sino aquello que «más» posibilidades me da de ayudar a los demás. Y nuevamente el discernimiento se hace necesario para resolver tensiones que, sin duda, se plantean entre los deseos personales y las necesidades que mi servicio a los demás plantea.

—Y hemos de preguntarnos también por la limpieza y honestidad

con la que estamos aplicando los mismos criterios de discernimiento. Porque criterios de discernimiento muy claros y muy limpios pueden ser leídos y aplicados de modo muy torticero o perverso.

Quiero poner un ejemplo de esto último en una cuestión concreta que ha suscitado muchas polémicas: el criterio apostólico de priorizar el trabajo con los más influyentes, que podrán después hacer el bien a otros. En primer lugar, influyentes no se identifica, ni necesaria ni universalmente, con los poderosos, como indica el mismo número 622 de las Constituciones. Pero, además, en segundo lugar y sobre todo, se trata de trabajar con ellos para que ayuden a los demás; no para aprovecharnos nosotros de su amistad o de su influencia o para obtener beneficios en favor nuestro. Si es así, convertimos el criterio de discernimiento en coartada que justifica nuestra conducta inadecuada. Dicho de otro modo, lo pervertimos.

El «más» ignaciano no es el «más» del amor propio, sino el más del amor a Jesús y de la identificación con sus actitudes y sus prioridades. El «más» del amor propio es un más implacable, que nunca tiene bastante, y que rompe a la persona en su esfuerzo voluntarista. El «más» de Ignacio es un «más» agradecido, sereno, discernido, sostenido por la experiencia del amor y que lleva a la radicalidad del servicio, a la radicalidad evangélica de ponerse a los pies de los demás. Un servicio y una radicalidad que siempre nos potencian como personas y que son fuente de alegría. La alegría del evangelio.

En síntesis, el «más» ignaciano es un «más» que parte del agradecimiento, que tiene a Jesucristo como referencia y horizonte, y que discierne cuál es el camino personal o institucional por el que hay que caminar para ser generosos en la respuesta al amor de Dios y honestos y auténticos en el seguimiento de Jesús.

## 4. RETOMANDO LAS DIFICULTADES Y SOSPECHAS

---

Podemos ahora volver sobre las dificultades y sospechas a las que hemos hecho alusión en páginas anteriores y, vistas las características básicas del auténtico «más» ignaciano, sugerir unos elementos de respuesta a las mismas.

### 4.1. El «más» ignaciano no es voluntarismo, sino respuesta agradecida

La consideración del «más» como la mera exaltación de un esfuerzo natural sobrehumano olvida la dimensión fundamental del «más» como agradecimiento y respuesta derivada de la conciencia de lo «mucho» que uno recibe y de lo «mucho» que uno es amado. Esa conciencia de ser amado es la que hace el «más» no sólo llevadero, sino deseado. Sin esa conciencia viva de lo que se recibe y de lo que se es amado, el más se hace agobiante y odioso.

Puede ser clarificadora una anécdota personal que puede ilustrar gráficamente lo que quiero decir. Cuando yo era novicio, en vacaciones de verano íbamos al Pirineo. Y, obviamente, de vez en cuando había que hacer marchas por la montaña. Había en el noviciado compañeros que habían pertenecido a

un movimiento de montaña cuyo lema era «Más, más y más. Por Dios, por la Virgen, por España, más, más y más». Bueno: pues en esas marchas los tales compañeros montañeros del «más, más y más» tomaban la cabeza de la expedición. Ya puede el lector imaginar las consecuencias de semejante decisión para los que ni habíamos pertenecido a ese movimiento o similar, ni teníamos carisma de montañeros: llegábamos derrengados, maldecíamos a la montaña y a los montañeros, nos escaqueábamos todo lo posible, y nos jurábamos a nosotros mismos que nunca más, si no fuera por estricta obligación u obediencia debida, subiríamos a una montaña... Pienso que la pedagogía adecuada no iba por llevarnos a rastras por el Pirineo, sino por suscitar nos el deseo, por ilusionarnos con la montaña y por permitirnos ir de manera tal que, en vez de maldecir piedras, vacas, moscas y todo lo que encontrábamos

por el camino, hubiéramos podido disfrutar de la belleza del Pirineo.

Traduciéndolo a otro plano y a otro lenguaje, educar y acompañar en el «más» ignaciano no es meramente exigir, y exigir sin límite y sin discernimiento, o pedir cosas más difíciles cada vez, o un continuo resaltar lo que falta para llegar... Se trata, ni más ni menos, que de ayudar y acompañar en «el conocimiento interno del Señor, que por mí se ha hecho hombre, para que más le ame y le siga» [EE 104]: ayudar a conocer y a amar a Cristo, a sentir su cariño de modo que se incremente el amor a Él y, entonces seguirle más de cerca. O del «conocimiento interno de tanto bien recibido, para que yo, enteramente reconociendo, pueda en todo amar y servir a su divina majestad» [EE 233]: ayudar y acompañar en la conciencia de todo aquello que se recibe, para crecer en el amor a quien tanto nos da, y desde ahí aumentar la entrega y el servicio. Es el «enteramente» del reconocer el que hace posible el «en todo» del amar y del servir.

#### **4.2. El «más» ignaciano no es hacer «más», sino hacer más gratuitamente**

Tampoco, y pasamos a una segunda dificultad, en el «más» ignaciano se trata de «hacer cada vez más cosas». Primero, eso no es posible: llega un momento en que no se pueden hacer más, ya no cabe más. Y segundo, y más importante, no siempre (ni casi nunca) el hacer más cosas es lo más conveniente o lo mejor, porque suele pasar entonces que se hacen más cosas con menor calidad o con menor dedicación.

Tampoco se trata de hacer cosas «más grandes»: sino de hacer aquellas que me son posibles para ayudar «más» y mejor a los demás. O, formulado de otro modo: se trata de hacer las cosas que proceda (grandes o pequeñas) con el corazón más grande posible, como si se estuviera haciendo lo más grande. Y de servir a los más pequeños como si se estuviera sirviendo al más grande. Evangelio puro...: «lo que hicisteis a uno de estos pequeños a Mí me lo hicisteis» (Mt 25,40). Lo que hacían, y el modo como lo hacían, Alonso Rodríguez o Francisco Gárate.

El desafío del «más» ignaciano en el campo del hacer es (y lo expreso en términos ignacianos) el «purificar la intención», cada vez más, en aquello que se hace. El hacer las cosas más «limpiamente», más evangélicamente; es decir: menos buscándome a mí mismo, o mi provecho, o mi éxito, o mi beneficio, y buscando más «el puro servicio» de Dios y de los demás. Esa forma de «más» no sólo no me tensiona ni me agobia, sino que me construye y me hace más humano, pues cuando más desinteresado soy de mí mismo y cuando más entrada doy en mi vida y en mi acción a los demás, más y mejor persona soy, y más a gusto me encuentro conmigo mismo.

El buen acompañante y pedagogo, humano y espiritual, lo que propone a la persona a la que acompaña u orienta y educa no es lo «más» en absoluto, ni siquiera lo que en teoría es «mejor», sino aquello que en un momento y situación determinada ayuda más a crecer a esa persona concreta. Y la sabiduría del acompañante, del maestro o del pedagogo es acertar justamente con

aquello que esa persona necesita en ese momento y que le ayudará más. Se trata de ayudar a crecer; de tensionar, quizá, pero con cuidado de no romper; de exigir, y no de transigir con cualquier cosa, pero de exigir aquello que es posible y que puede generar en la persona acompañada ilusión, autoestima, fe en sí misma, pero no desánimo. Nos aparece aquí también, con toda claridad, la importancia del discernimiento en el «más» ignaciano».

Y también ayudará a vivir sanamente el «más», como también es necesario como elemento de un buen discernimiento, el procurar que la persona perciba, entienda y valore el sentido de aquello que se le propone y del esfuerzo que se le pide. El «más» no es un «más» sin sentido o cerrado sobre sí mismo, sino un «más» para algo y/o para alguien, un «más» con sentido.

Cuando hablamos del «más» no estamos hablando de perfección, de una perfección que es imposible e incompatible con la condición humana, por muy perfeccionista que uno sea, sino de generosidad, de una generosidad, valga la redundancia, lo más generosa posible. Generosidad con Dios y con los demás para entregar lo mejor que uno es y tiene... Pero lo que realmente tiene: no lo que le gustaría tener, o lo que soñaría tener, o lo que algún día piensa que tendrá y, entonces, en ese día que no llega nunca, entregará.

En el «Tomad, Señor, y recibid», oración que es modelo de entrega y generosidad, se le devuelve al Señor (porque «Vos me lo distéis...») toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad, todo mi haber y poseer» [EE 234]: todo, sí; pero el

mío, el real, el que es. No el soñado o el deseado, sino el real. Mi libertad con sus «ataduras», mi memoria con sus «olvidos», mi entendimiento con sus «oscuridades», mi voluntad con sus «flaquezas». Es la fuerza del Señor la que actuará pese a todo eso... y no sin eso.

¿Significa eso conformismo? No tiene por qué significarlo, ni va a significarlo si está en movimiento el amor, el deseo, la voluntad de ayudar... Eso es lo que hay que mantener activo para que no haya conformismo. Porque el amor quiere amar más, y el deseo quiere servir mejor, y la voluntad de ayudar nos estimula a crecer como personas... Conviene que no caigamos en el engaño de exigencias «exteriores», que suelen producir resultados a corto plazo y abandonos casi seguros... Vale el ejemplo aquel de la pared de goma: cede tanto cuanto la presiono, pero apenas me doy la vuelta o dejo de presionar vuelve exactamente a la posición anterior. El deseo de superación debe nacer de dentro y la pedagogía adecuada no es presionar desde fuera (con métodos más amables o menos...), sino hacer surgir dentro, generar una dinámica interior de superación.

### **4.3. El «más» ignaciano es «más» identificarse con Cristo y sus valores**

El «más» ignaciano se mueve en la línea de los valores evangélicos, y no en la línea del poder, del tener, del consumir, del gastar, del lucir... Por expresarlo con el lenguaje mismo de San Ignacio en los Ejercicios, el «más» ignaciano es el «más» del coloquio del

ejercicio de Dos Banderas: «por más en ellas le imitar» [EE 147]. Imitar «más» ¿en qué?: «de manera que sean tres escalones: el primero, pobreza contra riqueza; el segundo, oprobio o menosprecio, contra el honor mundano; el tercero, humildad contra soberbia» [EE 146]. No podría ser de otro modo en la propuesta ignaciana cuyo horizonte es el de «admitir y desear con todas fuerzas posibles cuanto Cristo nuestro Señor ha amado y abrazado» [Const. 101].

Cuando se pierde esta referencia a Cristo, y no en lo teórico, sino en lo real, en la vida cotidiana, el «más» ignaciano se puede desfigurar hasta pervertirse y servir, incluso, de argumento para acumular riqueza, poder, medios, títulos, influencia... sin límite y sin horizonte de servicio. Así puede ser, y así ha sido, por desgracia, más de una vez en la historia de personas e instituciones. Pero el problema entonces no ha estado en el «más», sino en el olvido de Cristo, del «imitar». De un «imitar» que no es tanto «copiar», porque las circunstancias y las necesidades históricas son hoy las que son, diferentes a las del tiempo de Jesús, sino que se trata de ser fieles a unos valores y lo «más» fieles posible a esos valores en nuestro hoy.

Nuevamente nos encontramos ante el desafío del discernimiento, tanto en el aspecto personal como en el institucional. Los valores de Jesús y de su evangelio son irrenunciables; el deseo de ser fieles y coherentes con ellos ha de ser el máximo, y desde esas dos premisas, hay que concretar qué hemos de desear y hacer con todas nuestras fuerzas posibles, y qué es inadmisibles,

aunque quizá la lógica del mundo, de las personas o de las instituciones que nos rodean, nos lleve en esa línea. Y cuando mayor es la presión o la fuerza del ambiente o circunstancias que nos rodean, mayor ha de ser nuestra seriedad y finura espiritual en el discernimiento y mayor nuestra identificación con la persona de Cristo y con sus valores.

Paradójicamente, el «más» ignaciano nos lleva muchas veces hacia el «menos» según los criterios sociales o ambientales prevalentes, o a ser «menos» considerados o menos valorados porque tenemos menos o presumimos menos o renunciamos a ciertos medios y modos que más que orientados al servicio están orientados al lucimiento. Paradójicamente, entonces, el «más» ignaciano adquiere un carácter profético en una sociedad para la que «cuanto más, mejor». Porque nuestro «más» se mueve en parámetros de identificación con Cristo y, por ello, de servicio. Un servicio que no podemos renunciar a que sea en pobreza y humildad, aunque sí debemos discernir con toda honestidad qué significan y qué piden pobreza y humildad en nuestras circunstancias y en aquello que llevamos entre manos.

#### **4.4. El «más» ignaciano es priorizar a los «más» pequeños**

En esa fidelidad a los valores de Cristo y su evangelio se incluye que el «más» ignaciano significa priorizar en nuestro servicio a los «más» necesitados, a los que más sufren, a aquellos que más violentamente padecen las consecuencias de la injusticia personal o estructural

de nuestro mundo. O a aquellos que se encuentran más olvidados, más «descartados» por nuestra civilización, sean personas, grupos sociales o países.

Éste es el punto de partida de San Ignacio cuando en las Constituciones de la Compañía de Jesús enumera los criterios para establecer las prioridades apostólicas:

Para acertar mejor en el enviar a una parte o a otra, teniendo ante los ojos como regla para enderezarse el mayor servicio divino y bien universal, parece que se debe escoger en la viña tan espaciosa de Cristo nuestro Señor... la parte de ella que tiene más necesidad, así por la falta de otros operarios como por la miseria y enfermedad de los prójimos en ella y peligro de su entera condenación [Const. 622].

Desde ese principio y prioridad, y por tanto desde ese criterio-marco, figura, entre otros criterios otro que también en ocasiones ha sido mal interpretado en la teoría y en la práctica:

Porque el bien cuanto más universal es más divino, aquellas personas y lugares que, siendo aprovechados, son causa que se extienda el bien a muchos otros que siguen su autoridad o se gobiernan por ellos, deben ser preferidos. Así la ayuda espiritual que se hace a personas grandes y públicas, ahora sean seglares como príncipes y señores y magistrados o administradores de justicia, ahora sean eclesiásticos, como preladados; y la que se hace a personas señaladas en letras y autoridad debe tenerse por más de importancia, por la misma razón del bien ser más universal. Por la cual tam-

bién la ayuda que se hiciese a gentes grandes como a las Indias, o a pueblos principales o a Universidades, donde suelen concurrir más personas que ayudadas podrán ser operarios para ayudar a otros, debe preferirse [Const. 622].

Se trata, pues, de priorizar a personas que puedan multiplicar el bien que ellos reciben en razón de su puesto social o de su preparación intelectual y de priorizar lugares donde se pueda llegar a más personas. Y todo ello con una finalidad: «que ayudadas puedan ser operarios para ayudar a otros». Obviamente, el cumplimiento efectivo de esta finalidad se convierte en criterio de discernimiento para evaluar acciones y presencias apostólicas.

Se trata de hacerse presente con personas y en lugares o estructuras donde se pueda ser más eficaz en el trabajo por la justicia y a favor de los que tienen más necesidad. No podemos ser ingenuos, ni la historia nos lo permite: tener más medios es tener más posibilidades, pero también es tener más tentaciones de revertir en beneficio propio esas posibilidades. Por ello, y una vez más hablando del «más» ignaciano, la cercanía afectiva y efectiva a Cristo y a sus criterios va a ser determinante. Y el discernimiento, necesidad ineludible.

Un discernimiento que es personal, para descubrir cuál es nuestro lugar y modo de servicio a los más necesitados, y un discernimiento que es institucional para ver de qué modo una institución, del tipo que sea, se pone efectivamente, ella y todas sus posibilidades, al servicio de los más necesitados.

## 5. UN EJEMPLO CONCRETO DE LECTURA DEL «MÁS»: «CARACTERÍSTICAS DE LA EDUCACIÓN DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS» (1986)

---

Quiero finalizar estas reflexiones sobre el «más» ignaciano presentando un ejemplo concreto de lectura actualizada de ese «más». Es un documento oficial de la Compañía, por tanto un texto de autoridad, dirigido a un ámbito concreto, importante y universal que es el de la educación, y que puede resultar de interés para muchos de nuestros lectores. Como el documento al que pertenece no es de fácil acceso, copiaré con amplitud sus aportaciones. Los párrafos que transcribo corresponden a los números 107 a 111 del citado documento.

La traducción primera que hace del «más» es la de la «excelencia» en la acción formativa.

En la educación de la Compañía, el criterio de excelencia se aplica a todas las tareas de la vida de la escuela: la intención es el desarrollo más completo posible de todas las dimensiones de la persona, unido al desarrollo de un sentido de los valores y de un compromiso al servicio de los demás, que otorga prioridad a las necesidades de los pobres y está dispuesto a sacrificar el propio interés por la promoción de la justicia (107).

La excelencia, del mismo modo que los demás criterios ignacianos, viene determinada por ‘las circunstancias de lugares y personas’ [...] Buscar el *magis* es, por consiguiente, proporcionar el tipo y nivel de educación... que mejor responde a las necesidades de la región en que la escuela está localizada (108).

‘Más’ no implica una comparación con otros ni una medida de progreso en relación con un nivel absoluto. Más bien es el desarrollo más completo posible de las capacidades individuales de cada persona en cada etapa de su vida... y la motivación para emplear al servicio de

los demás las cualidades desarrolladas (109).

Una intención tradicional de la educación de la Compañía ha sido formar 'líderes': hombres y mujeres que asumen posiciones responsables en la sociedad, por medio de las cuales ejercen un influjo positivo en otros. Este objetivo ha conducido, a veces, a excesos que deben ser corregidos. Cualquiera que pueda haber sido el significado de esta idea en el pasado, la meta de la educación de la Compañía en la comprensión actual de la visión ignaciana del mundo, no consiste en preparar una élite socioeconómica, sino más bien en educar líderes en el servicio [...] (110).

[...] La decisión de seguir a Cristo, tomada por amor, conduce a un deseo de

hacer cada vez 'más', capacitándonos para convertirnos en agentes multiplicadores [...] (111).

Sin duda ninguna, quien nos haya leído hasta aquí, encontrará en estos párrafos el eco de muchas de las afirmaciones y reflexiones que hemos ido haciendo, sobre el más ignaciano. Y al mismo tiempo, estas palabras son un ejemplo concreto de cómo se puede aplicar y vivir el «más» en los ámbitos concretos de las tareas cotidianas.

El amor a Cristo como fuente y alimentación, el discernimiento como criterio de aplicación, y el servicio como horizonte son los que dan, entonces y hoy, el marco adecuado para la comprensión verdadera del «magis» ignaciano.



